

El luminoso mundo de lo oscuro

Pablo Espinosa

El oído está vinculado al conocimiento y la revelación divina. Como órgano, se encuentra por entero desarrollado desde el nacimiento y se le considera un elemento sensorial determinante en la formación de la conciencia. Además, el poder acústico está muy ligado a la evolución de los rituales.

Friedrich Nietzsche concluyó en su obra *Aurora* que el oído era “el órgano del miedo”, fuente de la imaginación: “a la luz, el oído es menos necesario. Por eso el carácter de la música como un arte de la noche y la penumbra”.

No resulta casual, entonces, que en la antigua Grecia la palabra pánico (*panikós*), descriptiva de las situaciones de miedo o terror extremos, se relacionara con el oído, ya que se usaba habitualmente para referir un miedo instigado por el ruido y los sonidos potentes y extraños, sobre todo nocturnos. Se creía que esas sonoridades eran obra del semidiós Pan y la primera significación de *panikós* tuvo un carácter militar.

En la obra *Resos*, atribuida a Eurípides, es donde aparece por primera vez tal uso, cuando se describen los torvos e inquietantes ruidos que, en noche cerrada, llegan a oídos de los soldados, quienes caen en la zozobra.

Entre los antiguos tuvo vital importancia el trueno, o bien el fuerte resonar de las láminas de bronce.

Los párrafos anteriores provienen de la lectura de una novedad bibliográfica fabulosa: *Diccionario de música, mitología, magia y religión*, que el musicólogo vasco Ramón Andrés (Pamplona, 1955) acaba de publicar a través de la editorial Acantilado. En 1,773 páginas, este pensador traza una historia del conocimiento que puede leerse, entre otros subtextos, como una historia del miedo, ante el cual el hombre ha inventado

dioses, creado mitologías, magia, religiones y ha intentado nombrar a lo innombrable, poner nombre a lo secreto, lo escondido. Además de la fascinación que causan los diccionarios, estas casi mil 800 páginas se leen como un libro de aventuras, una novela donde el protagonista somos los lectores, un ensayo sumamente divertido.

De la primera entrada de este lexicón, dedicada a Ábaris, sacerdote de Apolo Hiperbóreo, hasta Zeus, el primero y más influyente dios del panteón griego, divinidad de la luz y del sonido primordial, artífice y dueño del rayo y el trueno, nos enfrascamos en una suerte de sueño en vigilia, o bien en filme donde nos incrustamos como actores, pues de lo que se habla todo el tiempo es de nosotros, los humanos, los que escuchamos música con el oído y difundimos esa experiencia a todos los sentidos, y al raciocinio, la emoción, el cuerpo, la mente, el espíritu.

Cuando leemos la última Z, y enseguida devoramos las páginas del anexo-ópera, donde se enlistan las obras musicales que se han escrito con el material de los sueños, es decir, con todo lo que acabamos de enterarnos/repasar/confirmar/asombrarnos, nos percatamos de que hemos cumplido de nuevo un sueño: leer un diccionario de la misma manera como se lee una novela: de la primera a la última página y no colocarlo en el estante de la biblioteca para ir a él en cuanto tengamos necesidad de una consulta, como si se tratara de un diccionario convencional.

Porque el autor, Ramón Andrés, no limita el tradicional trabajo del musicólogo a la vertebración ardua y onerosa de citas, análisis técnicos rasposos, datos duros sin sensibilidad. Por el contrario, conocedor profundo del lenguaje (además de músico,

es también poeta y editor de música y también de poesía), redacta así su respuesta al por qué Nietzsche concluyó en su *Aurora* que el oído es el órgano del miedo: “Quizá la explicación estribe en que el oído, esa antesala de la música, goza de una capacidad primordial para captar mundos todavía desconocidos, no formulados por la palabra, no ahormados bajo un concepto”.

Así, el silbido del viento, el soplo de un animal, el retumbar del trueno, el zumbido del rombo (ese instrumento que data de más de 17 mil años y todavía se conserva en algunos lugares de Occidente y en el seno de algunas tribus de África y Oceanía, donde se le asocia a los ritos de invocación de los dioses, ceremonias fúnebres y de circuncisión) en el interior de las cuevas, el estallido del mar comportaban una quiebra, una tensión psicológica que en el seno humano se transforma en premonición, en un estado de alerta.

Cabría pensar, estructura Ramón Andrés en lo que deja de ser una simple entrada de diccionario para convertirse en una aventura del conocimiento, la imaginación y el avance de las ideas, “que el sonido nos crea como individualidad y la música como parte de la colectividad”, y para reforzar su idea cita un aforismo de Elías Canetti: “el oído, no el cerebro, como sede del espíritu (Mesopotamia)”.

El formalismo moderno, cuyo punto de partida es la filosofía griega, en especial la de Aristóteles, desautorizó el pensamiento de civilizaciones anteriores y arrebató del pensar acústico al ser humano, advierte Andrés. Refiere ahora a María Zambrano, quien indicó que la escucha de Apolo en el templo de Delfos parecía situar “el oído divino en el centro del mundo”. En el escuchar, determinó Zambrano, se da lo más penetrante

te y hondo de la atención, “la decidida atención que el ejercicio de la vista no requiere”. En *El ser y el tiempo*, Martin Heidegger reparó en el hecho de que cuando decimos que no hemos oído bien, en realidad estamos señalando que no hemos “comprendido”. En un tratado escrito bajo el nombre del legendario Hermes Trimegisto —cita Ramón Andrés— se razona que aquel que escucha debe tener el oído más veloz “que la palabra del hablante”.

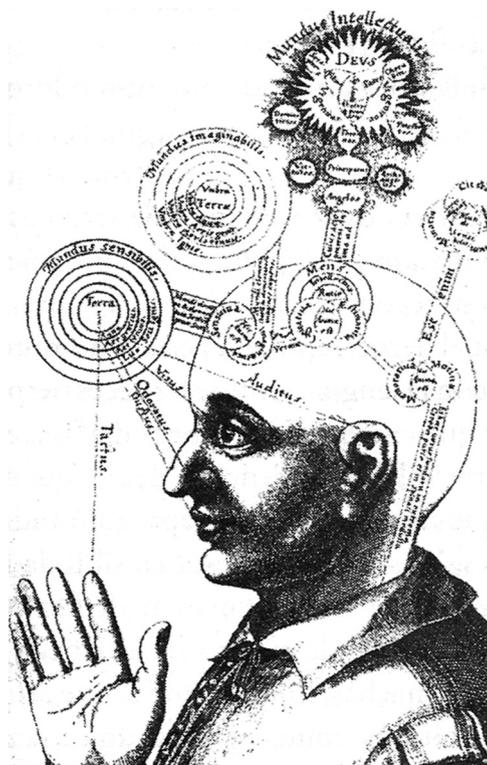
La mayor parte de los diccionarios, indica el autor de este grandioso lexicón innovador, define la inteligencia como la acción más o menos rápida de comprender una situación o un concepto, pero a menudo ese concepto parte de la sensación auditiva, más que visual, para convertirse de inmediato en conocimiento y memoria, es decir, “en una elaboración interior propiciada por la sonoridad”.

La inteligencia, infiere el autor, es ante todo saber oír y escuchar, esto es, asimilar.

Nos envía enseguida a una referencia visual: la representación de la Inteligencia que forma parte de la *Iconología* de Cesare Ripa (c. 1560-c. 1625), quien describe esta cualidad como una distinguida mujer que sostiene con la mano izquierda una especie de tablilla “repleta de inscripciones”, mientras que en la derecha lleva un laúd, demostrando con ello que la inteligencia nace del estudio y la experiencia, y la música es, según se desprende, una fuente de dicho don. Cesare Ripa describe a su vez a la Sabiduría Humana como un muchacho desnudo “con cuatro manos y cuatro orejas”, en alusión a la creencia de los lacedemonios que vindicaban escuchar detenidamente los consejos ajenos. El joven lleva una flauta en una de las manos de la parte derecha.

Los antiguos egipcios simbolizaban el oído con una liebre, dando a entender la rapidez y sensibilidad de este sentido. El propio Ripa comentaba que en la cultura del país del Nilo era costumbre pintar una oreja de toro en señal de vigilancia y atención, pues éste permanecía siempre alerta al mugido de las vacas para el apareo, “significando ello la necesidad de escuchar con toda diligencia”.

En los escritos sagrados hindúes abunda la expresión *sruti*, que significa audición, lo oído, como un símbolo de la revelación



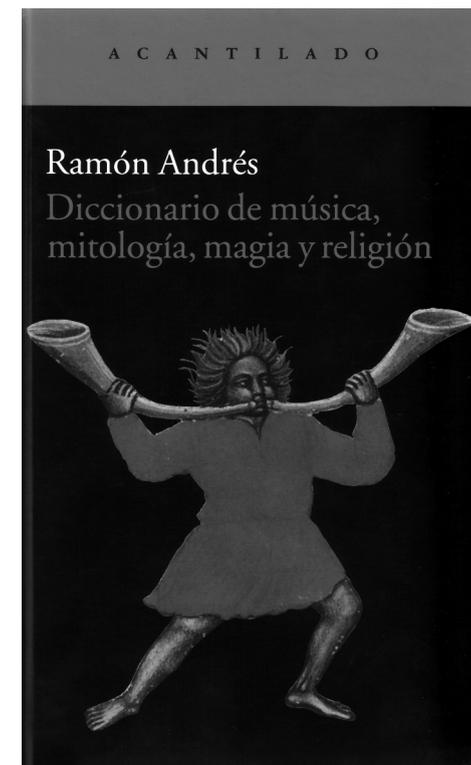
Robert Fludd, *Utriusque cosmi*, 1619

suprema y muestra de la verdad. Esos tratados documentan que el miedo a la muerte “hizo entrar a los dioses al sonido”, de ahí la inmortalidad. Se declara ahí que la esencia del hombre es la palabra, como la palabra lo es del himno y el himno lo es del canto. Aseguraron los antiguos sabios hindúes que la sonoridad es alimento y que la luna tiene un sonido como lo tienen el mundo y el viento, el sol, el fuego.

Pero no todo puede percibirse con el oído físico, porque existe otro interior, mental, espiritual, que permite captar una sonoridad trascendente, no audible para todos.

El libro tibetano de los muertos, atribuido a Padma Sambhava, instruye que en el momento de la muerte, cuando todavía la conciencia del fallecido se mueve por el canal central del sistema nervioso, se deberán repetir unos versos, al alcance de su oído, con la finalidad de implantarlos en su mente. A través de una escucha, indica ese libro budista, se consigue llegar a un interior sin tiempo, es decir, el propio del que abandona el mundo. Se trata de un camino de liberación cuyos primeros recodos se adentran en un espacio configurado por la sonoridad.

Hace un señalamiento nodal Ramón Andrés: el que conocemos como *Libro tibetano de los muertos*, cuya designación fue dada por su primer editor, W. Y. Evans-Wentz en 1927, tiene sin embargo un título origi-



nal sumamente revelador para nosotros: *Bardo Todol*, que significa: Liberación por audición en el estado intermedio.

En el núcleo de las creencias y los mitos, para hablar ahora nuevamente de las religiones (pues es menester recordar que el budismo no es una religión), explica el autor vasco, está la inquietante contraposición entre el tiempo humano y la eternidad divina: “existir para conocer y desentrañar, morir para ir en busca de lo que no se halló entre los semejantes”.

En las entradas respectivas, vamos desentrañando en la lectura de este hermoso libro que trasciende la noción de diccionario para reinventar esta herramienta. Es así como vamos armando el sistema de vasos comunicantes con las lecturas de las entradas respectivas y su interconexión se va conformando de manera fascinante, para que se explique por sí solo lo que el autor desglosa:

La cenagosa morada de los difuntos en Tuonela, las sombras infernales de Angra Mayniu del Avesta, “oír en el Valhala la voz de los guerreros caídos en combate, escuchar el viento en el ramaje de los árboles cósmicos, pensar en el círculo celeste que se abre con la danza de un derviche, el sonido de una flauta que llora porque ha sido cortada del cañaveral, son escenas de una misma narración, ésa que no es capaz de aco-



Botticelli, *Afrodita y Hemes* (detalle), 1483

tar nuestro pasado, sino, bien al contrario, de prolongarlo”.

Hay un luminoso mundo de lo oscuro, sentencia Ramón Andrés: “quienes vivieron hace miles de años otorgaron al Sol un carácter sagrado, no tanto porque anunciara y diera vida al nuevo día, sino porque, consideraban, venía de la noche, donde se forjaba el destino de cada uno. Lo que procedía de la penumbra era necesariamente sabio, así lo estimaron”.

Conjeturamos entonces en términos de verdad y mentira, de verdadero y falso, “pero en épocas arcanas estos conceptos apenas se diferenciaban; nada en sí era enteramente verdadero ni nada, en consecuencia, se antojaba del todo falso, porque las rememoraciones y los cantos de los antepasados se estimaban inspirados por el aliento de algún dios, por la manifestación de una musa o de un espíritu no sujetos a la dimensión de lo real; era un aliento que venía de la intuición, de lo imprevisible. Por eso llamaban ‘divino’ a aquello que no era fácil de entender, a aquello que no podía descifrarse a primera vista, del mismo modo que hoy no comprendemos cosas que acaso sean evidentes para quienes nos sucederán”.

Un salto de agua, el trueno, el ulular de los bosques, el grito, las aves, “imitados, y con el pasar del tiempo transformados en música, constituyen algo que todavía hoy nos comunica con las experiencias primarias, esos sonidos que forman parte de nuestro psiquismo y de un proceso mental que nos ayuda a adivinar una lejana procedencia. Ésta es la música del mito, la que sueña en las armonías de Osíain, aquella que subyuga a Ulises en los estrechos de Escila y Caribdis, la que Brahma tomó para dar equilibrio al Universo, la que tocó Orfeo y

que, proclamada en el verso de Rilke como ‘precanto que aún dura’, puede oírse en un tambor, en unas canciones de deportados, en el feliz canto de un marinero o en el glisando electroacústico de un maestro contemporáneo”.

Ya dijimos que este diccionario puede leerse, para disfrutarse más, como una novela: de la página uno a la 1,773. Pero hay de novelas a novelas, y aquí el ejemplo clásico de *Rayuela*, de Julio Cortázar, cae como tacón sobre el avión pintado en el piso: ésta, que me atrevo a llamar novela pero que en realidad se llama *Diccionario de música, mitología, magia y religión*, admite una lectura semejante a la del enormísimo cronopio.

Porque si, por ejemplo, estamos en ese fascinante capítulo, que en realidad se llama entrada, “Musas”, el peloteo inicia desde la tercera palabra: “Hijas de —> Zeus y de Mnemósine, protectoras del pensamiento y las artes, muy especialmente de los músicos...” pues antes de la palabra Zeus la flechita nos dispara hacia la Z, y así encontramos flechitas antes de otras palabras dentro de esta misma entrada: música, Helicón, Pegaso, Aquiles, Támiris, Piérides, Anfión, Marsias, Demódoco, locura divina, Liceo, Megacló, Parnaso, y podemos hacer caso omiso de tales guiños y no ir a esas entradas respectivas, que no es lo mismo que bajar los ojos al pie de página, si preferimos quedarnos a disfrutar la compañía y enseñanzas de las hermosas damas llamadas Clío, Euterpe, Talía, Melpómene, Terpsícore (que en la versión de Les Luthiers se llama Éster Píscore), Erato, Polimnia, Urania, Calíope. Ah, las musas.

Se puede leer como una novela y al mismo tiempo es muchas novelas, pues hay

entradas en este diccionario que constituyen un libro en sí mismas: por ejemplo, a la entrada Argonautas, Ramón Andrés dedica 11 páginas, mientras que a la entrada Apolo, 33; Armonía de las esferas, 31; Astrología, 20.

A Campana, 8 páginas: representa la vibración primordial y su sonido expande y modifica a un mismo tiempo. En Tibet tiene una función mística de protección y prosperidad espiritual y es símbolo de la resonancia cósmica, todo esto narrado en esas ocho vibrantes páginas donde uno entiende con mayor profundidad, aunque no se le mencione, el universo *tintinnabuli* del compositor estonio Arvo Pärt.

Tres páginas y media son suficientes para sumergirse en la fascinación de la entrada que espelnde en la página 864: Hiperbóreos: pueblo mítico, situado al norte de la Hélade, “más allá del Bóreas”, “más allá del viento del Norte”, como su nombre indica. Sus habitantes rendían culto a —> Apolo y tenían una existencia serena y feliz, danzaban y eran buenos músicos de —> aulós y —> lira. Eran extremadamente longevos, desconocían la enfermedad y la guerra, y muchos de ellos, una vez se disponían a morir, se arrojaban por un acantilado coronados de flores, en una costumbre similar a la de los ancianos de la isla de Ceos.

En *El viaje de los Argonautas*, cita Ramón Andrés, se habla de la “sagrada tribu de los hiperbóreos”, que dieron consuelo a Apolo por la muerte de su hijo Asclepio y más tarde en *Sobre la música* del Pseudo Plutarco —indica el autor— son referidas “las ofrendas sagradas de los hiperbóreos” que eran llevadas a Delfos con acompañamiento de aulós, siringas y de cítaras. Cuando Apolo regresaba anualmente a las zonas “más allá del Boreas”, se le oía cantar de noche, entre el equinoccio de primavera y la salida de las Pléyades.

He aquí, en una novela que parece diccionario, un lexicón que parece muchas novelas, la historia del conocimiento a través de la música, la magia, la mitología, la religión, todo aquello que constituye la esencia del espíritu de la humanidad.

He aquí el sonido de la especie. Así sueña la especie humana, ésta es la vibrátil sonoridad del luminoso mundo de lo oscuro. **U**